

PAPELES DEL MUPAC

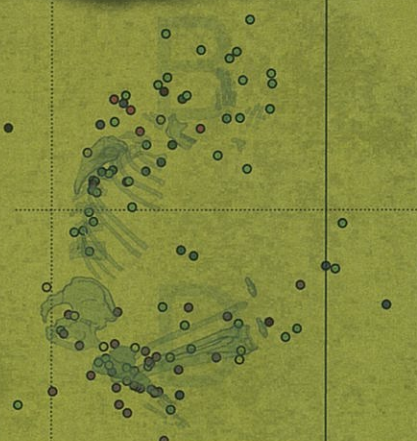
Nº 2-2021



AMVPAC
ASOCIACIÓN DE AMIGOS DEL MUSEO DE
PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DE CANTABRIA

La Arqueología de la muerte...
desde el Paleolítico a la actualidad.

Ciclo de conferencias
(-Septiembre-Noviembre 2015-)



Saluda del Consejero

Pág. 3

Saluda Asociación de Amigos del MUPAC

Pág. 4

Prólogo

Pág. 5

Ciclo de conferencias "Arqueología de la muerte",
celebrado en el MUPAC
del 21 de septiembre al 9 de noviembre de 2015:

Pág. 7

21 de septiembre

El mundo funerario en la Prehistoria reciente.

Ángel Armendariz Gutiérrez

Pág. 25

28 de septiembre

Los últimos cazadores ante la muerte.

**El comportamiento funerario durante el
Mesolítico.**

P. Arias Cabal

Pág. 39

5 de octubre

**La Dama Roja de la Cueva del Mirón dentro del
mundo funerario del Paleolítico europeo.**

Manuel R. Gonzalez Morales

Lawrence G. Straus

Pág. 53

26 de octubre

**Las fosas comunes de la Guerra Civil española:
entre la Arqueología y los derechos humanos.**

F. Etxeberria Gabilondo

Pág. 67

9 de noviembre

**El cementerio medieval en Cantabria: una
propuesta de génesis y evolución a partir del
registro arqueológico de los siglos V-XV**

Enrique Gutiérrez Cuenca

PAPELES DEL MUPAC

Revista de la Asociación de
Amigos del Museo de Prehistoria
y Arqueología de Cantabria



© Ediciones

1ª edición: 2019

DL SA 165-2019

ISSN 2659-5893

Diseño y composición: Eva Bolado

Coordinación de la colección: Asociación de Amigos del MUPAC

Editado en Santander por la Asociación de Amigos del Museo de
Prehistoria y Arqueología de Cantabria

Fotografías de cubierta: Inhumación femenina, Sajo-
nia-Anhalt, Alemania (*Juraj Lipták, LDA Sachsen-Anhalt*).

Objetos de adorno personal de época visigoda. *Museo de
Prehistoria y Arqueología de Cantabria*.

La Grotte aux Fées, el mayor sepulcro megalítico de Francia,
en el departamento de *Indre-et-Loire* (*Ángel Armendariz*).

Reconstrucción de la posición original del esqueleto de La
Dama Roja a partir del análisis espacial (*esquema realizado
por Jean Marie Geiling y Ana Belén Marín-Arroyo*).

Los últimos cazadores ante la muerte. El comportamiento funerario durante el Mesolítico

Pablo ARIAS CABAL

*Catedrático de Prehistoria de la Universidad
de Cantabria*

resumen

El Mesolítico, la fase de la Prehistoria correspondiente a los grupos de cazadores-recolectores que vivieron después de la última glaciación, es una etapa de profundos cambios en el comportamiento funerario. Cabe destacar, por ejemplo, la constitución de verdaderos cementerios, en particular en la fachada atlántica europea, y una gran variedad de prácticas rituales. En este capítulo examinaremos los principales testimonios de la Arqueología de la Muerte durante este período, con especial atención a los de la península ibérica.

abstract

The Mesolithic, the phase of Prehistory corresponding to the groups of hunter-gatherers who lived after the last glacial age, is characterized by deep changes in the funerary behaviour. We can highlight, for instance, the constitution of real cemeteries, particularly in the European Atlantic façade, and a large variety of ritual practises. In this chapter, the main testimonies of the Archaeology of Death during this period will be analysed. Especial attention will be given to the Iberian evidence.



nº 02/2021 | ISSN 2659-5893



información | information

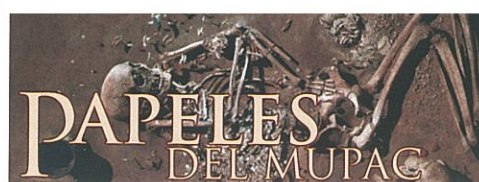
Palabras clave

Arqueología de la muerte; ritual;
cementerios; manipulación de restos
humanos; península ibérica; Aziliense;
Asturiense

keywords

Archaeology of Death; ritual; cemeteries;
manipulation of human remains; Iberian
Peninsula; Azilian; Asturian

Los últimos cazadores ante la muerte. El comportamiento funerario durante el Mesolítico



Pablo Arias Cabal | nº 02/2021 [pág 25-38]

INTRODUCCIÓN

La documentación funeraria es una de las fuentes de información más relevantes para el conocimiento de la Prehistoria. Desde los propios inicios de la disciplina, a mediados del siglo XIX, los prehistoriadores han dedicado una gran atención a esta parte de su objeto de estudio. No obstante, muchas de las posibilidades de este tipo de documentos no han sido explotadas hasta los últimos decenios. La tumba es mucho más que un lugar para ocultar los cuerpos de los difuntos; es también un espacio “para los vivos”, como subrayaba ya hace casi medio siglo el excelente título de un artículo de Andrew Fleming –*Tombs for the living* (Fleming, 1973). Además de su obvia relevancia para la reconstrucción de la religión, el comportamiento funerario es uno de los foros donde se negocian los roles sociales de los individuos y de los grupos, un contexto para exhibir la riqueza y el poder. De este modo, el desarrollo a partir del decenio de 1970 de la llamada “Arqueología de la muerte” ha proporcionado a la disciplina nuevos métodos para el estudio de los aspectos sociales, ideológicos y religiosos de los grupos prehistóricos (Chapman et al. 1981). De hecho, el estudio de las tumbas ha sido una de las más importantes fuentes de la Arqueología social. En este texto presentaremos en detalle la información disponible en la península ibérica para el Mesolítico.

SOMBRAS EN UNA EDAD DE ORO: LA EVIDENCIA FUNERARIA PARA EL PALEOLÍTICO SUPERIOR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

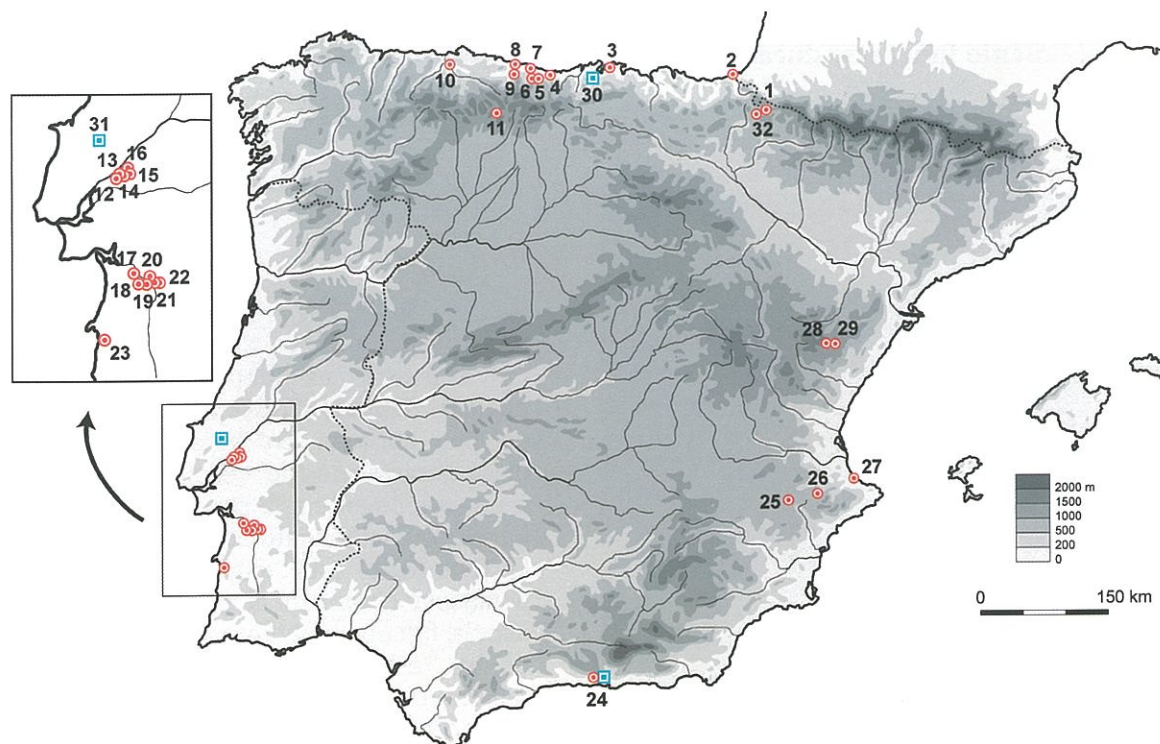
Es frecuente, y muy probablemente justo, considerar que el Paleolítico superior es una época particularmente brillante de la Prehistoria de la península ibérica, una suerte de Edad de Oro de nuestro pasado. A la indudable calidad estética y la espectacularidad de nuestro arte rupestre y mobiliario se une una extraordinaria densidad de sitios arqueológicos, que han proporcionado una información muy detallada sobre diversos aspectos de la vida cotidiana y aun de aspectos simbólicos e ideológicos. Desgraciadamente, entre ellos no está el comportamiento funerario. Pese a la más que centenaria tradición de las investigaciones arqueológicas, con cientos de sitios excavados y millones de objetos llenando las vitrinas y depósitos

de los museos, la información acerca de este tipo de prácticas es muy escasa. Esto es particularmente notable en el caso de las estructuras funerarias, y en particular de las tumbas (fig. 1). Únicamente se han descrito sepulturas primarias atribuibles con cierto fundamento a esta fase de la Prehistoria en dos sitios: Cueva Morín (Cantabria) y Lagar Velho (Estremadura).

El primero de ellos es un sitio clásico de la Prehistoria cantábrica, excavado a comienzos del s. XX por Jesús Carballo (1912-1919) y el Conde de la Vega del Sella (1918-1920) y entre 1966 y 1969 por Joaquín González Echegaray y Leslie Gordon Freeman en una intervención que supuso una verdadera revolución metodológica en la Arqueología española. Fue precisamente en estos trabajos en los que, en un contexto correspondiente al Auriñaciense datado en torno a 29.500 a.C. (el nivel 8a), se localizaron varias fosas en las que los directores de la intervención arqueológica detectaron una serie de anomalías que interpretaron como pseudomorfos de cadáveres humanos y restos de animales, conservados por un proceso de saponificación (Madariaga, 1973). De acuerdo con sus observaciones, la estructura Morín I contendría la sepultura de un varón al que se le habrían amputado la cabeza y los pies. El cadáver estaría tumbado sobre el costado izquierdo, con los brazos flexionados y las piernas ligeramente dobladas. Indicios de la ofrenda funeraria que se asociaría a este enterramiento serían el pseudomorfo de un pequeño ungulado y costillas de un mamífero grande, así como algunos objetos líticos. También observaron un pequeño canal que comunicaría el fondo de la fosa con el exterior, con el propósito de servir para la introducción de nuevas ofrendas, así como un hogar. (González Echegaray y Freeman, 1973).

Se detectó también una estructura auriñaciense algo más antigua, parcialmente destruida por Morín I, a la que se denominó Morín III. En ella se observaron también posibles pseudomorfos de las piernas de otro individuo con los pies amputados, al parecer parcialmente afectadas por el fuego.

Algunos autores han cuestionado, de forma explícita o velada, la interpretación de las estructuras de Morín como sepulturas (Straus, 1990; González Morales, 1997; Djindjian, Kozłowski



y Otte, 1999; Pettitt, 2011). No se puede negar cierto fundamento a esas críticas. En realidad, la memoria de las excavaciones plantea una hipótesis de cómo se podría haber producido el proceso de saponificación, pero ésta no es objeto de la necesaria contrastación. Tampoco se aporta evidencia de la existencia en la cueva, durante el período correspondiente a esas estructuras, de la extrema humedad necesaria para que se produzca la saponificación. A ello hay que añadir la circunstancia de su carácter único, puesto que no se conoce ninguna tumba aurifiaciense en otros lugares de Europa, en contraste con la relativa “explosión” funeraria en el Gravetiense, lo que permite a Paul Pettitt proponer que la práctica de la inhumación individual habría aparecido en contextos de este último período en torno a 29000 BP (en torno a 31500 a.C.) (Pettitt 2011, p. 207), si bien cabe recordar que la cronología obtenida para Morín es posterior a la de sepulturas bien identificadas, como las de Paviland (Reino Unido) o Kostienki 14 (Rusia). Obviamente, esto no supone que la interpretación de los excavadores y su equipo sea errónea, solo que está pendiente de confirmación. Afortunadamente, la contrastación de la hipótesis del equipo excavador aún es posible, gracias a su previsión y a la generosa financiación de la Smithsonian Institution, que hicieron posible que la estructura Morín I se haya conservado encapsulada en un bloque de material plástico (actualmente depositado en el Museo Nacional de Altamira). También es posible la obtención de nuevas dataciones, pues las disponibles, como hemos señalado ya en otros lugares (Arias y Álvarez Fernández, 2004; Arias, 2014), plantean serios problemas.

Fig. 1. Sitios de la península ibérica en los que se han descrito tumbas primarias correspondientes a grupos de cazadores y recolectores. Los cuadrados representan sepulturas del Paleolítico superior; los círculos, del Mesolítico. Clave: 1: Aizpea; 2: Jaizkibel (J3); 3: El Truchiro; 4: El Molino de Gasparín; 5: La Paré de Nogales; 6: Los Canes; 7: Colomba; 8: Tito Bustillo; 9: Los Azules; 10: La Paloma; 11: La Braña-Arintero; 12: Cova da Onça; 13: Fonte do Padre Pedro; 14: Moita do Sebastião; 15: Cabeço da Amoreira; 16: Cabeço da Arruda; 17: Arapouco; 18: Poças de São Bento; 19: Amoreiras; 20: Várzea da Mó; 21: Vale de Romeiras; 22: Cabeço do Pez; 23: Samouqueira; 24: Nerja; 25: Casa Corona; 26: La Peña del Comptador; 27: El Collado; 28: El Cingle del Mas Nou; 29: Cova Fosca; 30: Cueva Morín; 31: Lagar Velho; 32: Errotalde I.

Al período Gravetiense, en el que se produce una eclosión de la construcción de sepulturas en Europa, corresponde el contexto funerario mejor conocido del Paleolítico peninsular, la sepultura de Lagar Velho, en la región portuguesa de Estremadura (fig. 2). Esta tumba, datada en torno a 27000 a.C., era una fosa de unos 30 cm de profundidad, situada junto a la pared de un abrigo, en la que se inhumó el cadáver de un niño de unos cinco años, en posición extendida, ligeramente tendido contra el costado izquierdo (Zilhão y Trinkaus, 2002). Las piernas estaban inclinadas, y las manos descansaban junto a las caderas. Las excavaciones permitieron detectar diversos indicios atribuibles al ritual funerario. Una rama de pino habría sido quemada en el fondo de la sepultura antes de recibir el cadáver, según sugieren los carbones aparecidos por debajo de las piernas. Hay también claras evidencias del uso de un colorante rojo, una práctica relativamente común en contextos funerarios. En el caso de Lagar Velho, tanto los sedimentos del relleno



Fig. 2. Sepultura gravetiense de Lagar Velho (Estremadura) (según Zilhão y Trinkaus 2002)

de la sepultura como los huesos del niño están teñidos de ocre. Los excavadores sugieren que esto se podría deber a que el cadáver hubiera estado envuelto en un sudario pintado de rojo. Se localizaron también, junto a la tibia derecha del esqueleto, los restos semiarticulados de una cría de conejo, posiblemente una ofrenda funeraria. Menos clara es la interpretación de dos pelvis de ciervo que aparecieron en ambos extremos de la tumba, pues podrían tratarse de indicios de ofrendas de carne, pero también de instrumentos utilizados para la apertura de la fosa. El niño portaba algunos adornos: cuatro colgantes en caninos atrofados de ciervo, aparecidos en la zona de la cabeza, y dos conchas perforadas del caracol *Littorina obtusata*.

En un buen número de sitios se han documentado restos humanos sueltos o concentraciones de huesos desarticulados. Su interpretación no es fácil. En algunos casos se ha propuesto que podrían derivar de la destrucción de sepulturas primarias (Abric Romaní, Reclau Viver, El Parpalló, Balma Guilanyà); en otros que podría tratarse de depósitos funerarios secundarios (Cova Beneito, Lapa do Suão, El Mirón).

La cuestión es compleja, y requeriría un análisis detallado de cada contexto que no es posible abordar en este capítulo. Señalemos, únicamente, que no resulta convincente acudir sistemáticamente a la primera de las explicaciones (la degradación natural o antrópica de tumbas). El fenómeno está muy extendido, tanto en la península como en el conjunto de Europa, y se asocia frecuentemente a indicios de manipulación de los restos humanos (marcas de descarnado, teñido con colorantes...), por lo que resulta más probable que se relacione con prácticas funerarias en las que desempeñara un papel importante la desarticulación y fragmentación de los cadáveres, particularmente notorias en las fases finales del Paleolítico (Pettitt 2011).

NUEVOS TIEMPOS, NUEVAS PRÁCTICAS: LA EVIDENCIA DEL MESOLÍTICO

Afortunadamente, la documentación funeraria para los cazadores-recolectores que vivieron en los tiempos postglaciares, el período que conocemos como Mesolítico, es notablemente más abundante. De hecho, la península ibérica es una de las zonas más ricas de Europa en este tipo de testimonios arqueológicos (Grünberg, 2000). Se conoce una treintena de sitios, que han proporcionado varios centenares de sepulturas (fig. 1). Ahora bien, la mayor parte se concentra en dos regiones: el sector centrooccidental de la región cantábrica y, muy particularmente, los antiguos estuarios de los ríos Tago y el Sado en el sur de Portugal. Sus características, empero, son bien distintas; mientras el importante núcleo portugués presenta una densidad muy superior de sepulturas (en torno al 88 % de las tumbas mesolíticas de la península) y una marcada concentración al final del período, el cantábrico está formado en su mayor parte por sitios en los que se conoce una única sepultura, al tiempo que presenta una mayor dispersión temporal.

De hecho, uno de los documentos más notables de la muestra cantábrica corresponde al inicio del período: la sepultura aziliense de la cueva de Los Azules (Asturias), datada en la primera mitad del IX milenio a.C. Las excavaciones dirigidas por J. Fernández-Tresguerres permitieron localizar y estudiar detalladamente una inhumación individual

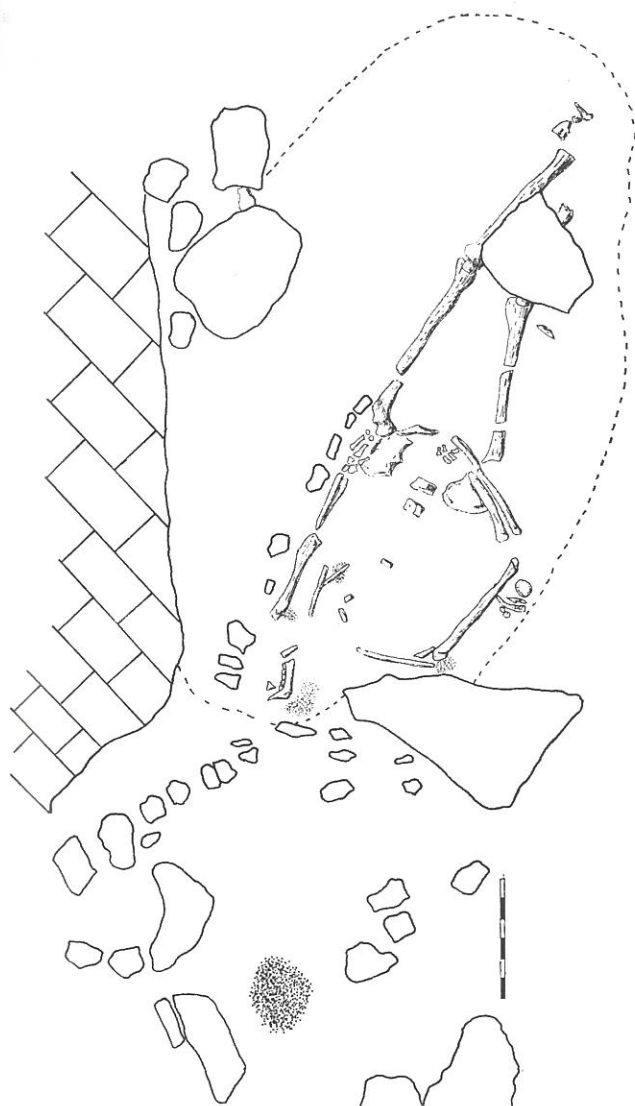


Fig. 3. Sepultura aziliense de Los Azules (Asturias) (según Fernández-Tresguerres 1980)

correspondiente a un varón adulto situado junto a la entrada de la cavidad, en una fosa de poca profundidad (Fernández-Tresguerres, 1980) (fig. 3). Asociados al esqueleto se recuperaron diversos conjuntos de objetos y restos de fauna que parecen corresponder a una compleja ofrenda funeraria (Arias, 2016). Incluía una anómala concentración de cantos pintados azilienses, ocre, restos de fauna relativamente atípicos: un cráneo de tejón, conchas del mejillón *Modiolus barbatus* y algunos útiles (arpones, raspadores, buriles), así como restos de materiales correspondientes a diversas fases conducentes a la fabricación de dichos útiles. Se podría plantear la hipótesis de que el difunto hubiera sido provisto de un equipaje simbólico para su último viaje, que incluiría una serie de útiles cotidianos, junto con las materias primas y los útiles que permitían fabricarlos.

Las fases iniciales del Mesolítico postaziliense están representadas en el Cantábrico por dos sepulturas localizadas en los extremos de la región: la asturiana de Tito Bustillo y la

guipuzcoana de J3. La primera de ellas (fig. 4), datada a mediados del VIII milenio cal BC, no es, *sensu stricto*, una sepultura, sino el depósito de un cadáver en el suelo de una cavidad, sin cubrición de piedras o tierra (Bueno *et al.* 2018). Se escogió para colocarlo un lugar relativamente apartado (el extremo del cono de grandes bloques que sella la entrada al sistema probablemente utilizada durante el Paleolítico). El cuerpo estaba en posición flexionada, sobre el costado izquierdo. No se encontró ningún objeto asociado, aunque se observaron restos de colorante rojo.

Por su parte, la tumba de J3, en el monte Jaizkibel, cerca de la desembocadura del Bidasoa, se data en torno a 7000 cal BC (Iriarte *et al.* 2005). En este caso, nos hallamos ante una sepultura individual en fosa, excavada en un pequeño abrigo de arenisca en el que se depositó un conchero mesolítico. El esqueleto, correspondiente a un varón adulto, estaba tumbado sobre el costado derecho, fuertemente flexionado. No se encontró ningún elemento interpretable como ofrenda funeraria.

Al complejo arqueológico conocido como Asturiense, distribuido por la costa oriental de Asturias y la occidental de Cantabria corresponde una de las primeras sepulturas mesolíticas descubiertas en España, la del Molino de Gasparín (Asturias), excavada hace casi un siglo por el fundador del MUPAC, Jesús Carballo (1926). Se trataba de una fosa abierta en un conchero localizado en un pequeño abrigo, en la que se depositó un cadáver en decúbito dorsal. Como posible ofrenda funeraria, el excavador destaca una tibia de ciervo y tres picos asturienses, estos últimos depositados en una especie de pequeña hornacina junto a la cabeza, y sin el desgaste en la punta que suelen tener estos objetos líticos, lo que podría confirmar la interpretación de Carballo de que forman parte del ajuar. Desgraciadamente, no es posible precisar la cronología de la sepultura, más allá del amplio rango que se puede establecer para el Asturiense (8000-5000 a.C., aproximadamente). Al mismo período corresponde una amplia serie de restos humanos huesos humanos aislados en algunos otros concheros (Colomba, Cuartamentero, Balmori, Mazaculos, Poza l'Egua), que en ocasiones se han interpretado como restos de tumbas dismanteladas. No obstante, no se puede descartar que esta circunstancia, relativamente frecuente en la Europa del Norgripiense (fase media del Holoceno) (Pariat, 2007), se relacione con otros tipos de tratamiento funerario (sepulturas secundarias, exposición de los cadáveres en el exterior, descarnadura...).



Fig. 4. Depósito funerario mesolítico de la cueva de Tito Bustillo (Asturias) (foto: Alberto Martínez Villa)

El sitio funerario más complejo del Mesolítico cantábrico es la cueva de los Canes, localizada en las montañas del interior de Asturias, en una zona muy abrupta, aunque no muy alejada de la costa. En el pequeño vestíbulo de esta cueva se han conservado tres sepulturas del VI milenio a.C. Todas son sepulturas individuales, aunque una de ellas (estructura II) fue reutilizada, y se encontraron en su interior restos de un individuo inhumado previamente. El estudio arqueotanológico demuestra que los cadáveres de las tumbas I y III se descompusieron en un espacio colmatado, mientras que algunas peculiaridades del esqueleto más completo de la estructura II apuntan a que ésta definía un espacio vacío (Drak I et al. 2010). Los cadáveres de las tumbas I y III estaban tumbados de espaldas, con las piernas fuertemente flexionadas y las plantas de los pies posadas, de manera que las rodillas estaban por encima del nivel del cuerpo (fig. 5). La posición de los pies del individuo más antiguo de la tumba II sugiere una posición similar, mientras que el más reciente está también en posición flexionada, pero ligeramente girado hacia el costado izquierdo. Es interesante constatar que en Los Canes existían marcadas diferencias en la abundancia y complejidad de las ofrendas funerarias (Arias, 2016). Así, mientras el individuo de la tumba III, un varón adulto, no estaba acompañado por

ningún objeto, al cuerpo de la mujer anciana de la tumba I se le asociaban algunos adornos (tres colgantes en caninos de ciervo) y una escápula de ciervo, mientras que el esqueleto más reciente de la tumba II (un adolescente de sexo masculino) ostentaba uno de los conjuntos funerarios más complejos del Mesolítico europeo, integrado por dos testuces de hembra de cabra montés, un bastón perforado, un gran punzón en hueso, un gran canto con restos de pintura, un cantito rodado piqueteado (posiblemente una representación antropomorfa) y un rico conjunto de colgantes integrado por conchas marinas y un canino de ciervo perforado. Cabe destacar también la presencia de una importante concentración de conchas del caracol terrestre comestible *Cepaea nemoralis* en el relleno de la tumba I, que parece poder atribuirse también a un depósito deliberado.

Como indicábamos más arriba, al menos dos estructuras mesolíticas más antiguas han sido observadas en Los Canes. Esto sugiere que las tres tumbas conservadas podrían representar la fase final de un uso funerario más prolongado de esta cavidad. A ello apuntan también las dataciones de dos individuos infantiles en el VII milenio a.C. Gran parte del esqueleto de uno de ellos, un niño muy pequeño, se recuperó en la parte superior del relleno de la sepultura III. La interpretación



Fig. 5. Cueva de Los Canes (Asturias). Sepultura III.

más simple de este llamativo hecho sería que la apertura de la tumba III desmanteló una sepultura infantil anterior. Podría proceder de ella una concentración de huesos de ciervo, rebeco y jabalí que apareció junto al esqueleto infantil, para la cual se han obtenido dos dataciones absolutas indistinguibles estadísticamente de las de éste.

La cueva de El Truchiro es una pequeña cavidad situada en la zona costera de Cantabria. La tumba mesolítica descubierta en este lugar, actualmente conservada en un bloque en el MUPAC, era una fosa abierta en una galería muy estrecha y baja, en cuyo interior se encontró el cuerpo de un individuo inmaduro, de sexo probablemente femenino, tumbado de espaldas, con las piernas flexionadas. Sendas concentraciones de conchas perforadas de berberecho y de núcleos de sílex, ambas cerca de la cabeza, son los elementos más claramente atribuibles a un depósito intencionado. Dos particularidades interesantes se deben destacar en esta tumba: en primer lugar, la presencia (no sabemos si deliberada o accidental) del fuego, que calcinó todo el contenido de la sepultura después de descomponerse el cadáver; la segunda, conservada gracias a la circunstancia anterior, la presencia de una capa de materia vegetal (corteza de roble) inmediatamente bajo el esqueleto, que sugiere que el cadáver habría sido depositado sobre una plancha de madera.

Por su parte, La Braña-Arintero (León), una cueva situada en una zona de alta montaña, en la vertiente meridional de la cordillera Cantábrica, ha proporcionado un contexto funerario similar al descrito más arriba para la cueva de Tito Bustillo, en el que los cadáveres de dos varones adultos fueron depositados en el suelo, sin fosa ni cubrición de tierra o piedra (Vidal y Prada, 2010). Hay que señalar, no obstante, que se escogieron espacios reducidos y bien caracterizados: un pequeño sector de una estrecha repisa delimitado por columnas estalagmíticas y el fondo de una pequeña sima. En la actualidad, el acceso a ambos lugares es difícil, si bien no se puede descartar que en la época en la que se depositó el depósito funerario hubiera alguna otra entrada. El individuo Braña-1 estaba en posición flexionada, apoyado sobre el costado izquierdo, mientras que la postura original de Braña-2 es difícil de determinar por las alteraciones producidas por procesos postdeposicionales, si bien todo apunta a que también estaba flexionado. Este último portaba 24 colgantes en caninos atróficos de ciervo, mientras que en Braña-1 se observaron restos de ocre.

Finalmente, la sepultura de Aizpea (Navarra), situada en un abrigo con ocupaciones mesolíticas en las estribaciones de los Pirineos, corresponde a una mujer adulta, de unos 30 años, cuyo cuerpo estaba depositado en posición lateral flexionada. Según las observaciones de los excavadores (Barandiarán y Cava, 2001), habría sido posado directamente sobre el suelo, sin fosa, y se lo habría tapado con una acumulación de bloques de piedra. No se pudo determinar la existencia de ningún tipo de ofrenda funeraria.

No hay duda de que el conjunto funerario más relevante de todo el Mesolítico ibérico (y uno de los más importantes de toda Europa) es el del antiguo estuario del Tajo. En realidad, los sitios de esta región se localizan en los valles de dos pequeños tributarios de este río, las ribeiras de Muge y Magos (Ribatejo). Desde el decenio de 1860 hasta la actualidad se han excavado unas trescientas sepulturas, en su mayor parte del VI milenio a.C.

Se trata de un conjunto de cementerios al aire libre situados en pequeños montículos artificiales formados por acumulaciones de conchas cerca de la orilla. Por lo general, se trata de inhumaciones individuales, aunque se conoce algún caso de tumbas dobles o múltiples. Los cadáveres fueron depositados por lo general en decúbito dorsal con la cabeza intencionalmente alzada, los brazos a lo largo del cuerpo y las piernas flexionadas (Roche, 1972) (fig. 6), aunque en los trabajos del s. XIX se documentaron numerosos cuerpos en posición lateral flexionada (Cartailhac, 1886).

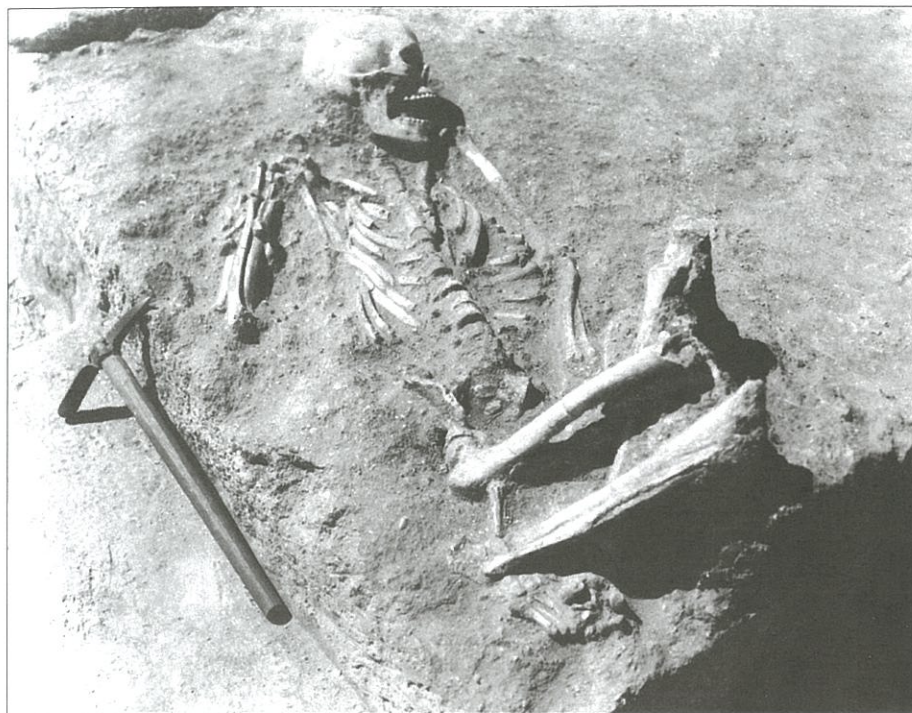


Fig. 6. Cementerio mesolítico de Moita do Sebastião (Ribatejo). Sepultura 15 (foto cortesía del Dr. João Luís Cardoso).

Aunque la información disponible acerca de la repartición espacial de los enterramientos no es tan detallada como sería de desear, parece claro que se concentraban en determinadas zonas dentro de los asentamientos. Así se observó en Cabeço da Arruda, donde los esqueletos se localizaban en la parte sudoccidental del sitio, y con más precisión en Moita do Sebastião, donde fue posible distinguir dos agrupaciones, una correspondiente a los adultos, localizada fuera de la principal zona de habitación, y otra a las sepulturas infantiles, que se ordenaban en semicírculo entre las estructuras domésticas (Roche, 1960, 1989). Las ofrendas funerarias son escasas, aunque se ha observado la presencia de conchas perforadas usadas como adorno personal y algunas asociaciones que parecen indicar una función simbólica o ritual, como los ejemplares aparentemente cerrados del bivalvo *Lajonkairia lajonkairi* de la tumba III de Moita do Sebastião, o la anormal abundancia de *Helix pisana* en la XII, y de *Scrobicularia plana* en torno a la XXXIII del mismo cementerio (Roche 1960). Se constató también la presencia de ocre e indicios de fuego.

La otra gran concentración de contextos sepulcrales mesolíticos del VI milenio se sitúa más al sur, en el valle del Sado (Alentejo). Se trata también de concheros al aire libre, aunque en este caso no son montículos, como en Muge, sino asentamientos extensos con una potencia estratigráfica moderada.

Según la documentación disponible, se excavó algo más de un centenar de sepulturas. Las tumbas se localizaban en la base de la estratigrafía de los concheros. La posición de los cadáveres era, por lo general, lateral flexionada, con diversos grados de contracción de los cuerpos, que en ocasiones llegan a estar en posición fetal. Como en el Tajo, no es fácil atribuir objetos concretos al contenido de las tumbas. Se ha observado, no obstante, que la mayoría de las conchas perforadas procede de las inmediaciones de los esqueletos, y se menciona también algún caso de asociación de microlitos geométricos a los cuerpos.

Las excavaciones que desarrollamos recientemente en los concheros del Sado, en colaboración con Mariana Diniz (Arias et al., 2015) (fig. 7), han permitido documentar una interesante novedad relacionada con la actividad funeraria: la asociación a los cementerios de sepulturas de perros. Esta es una práctica frecuente en el Mesolítico de la fachada atlántica europea (Larsson, 1990), de la cual no había pruebas concluyentes en la península ibérica, si bien la aparición de un esqueleto casi completo en las excavaciones de 1880 en Muge (probablemente en Cabeço da Arruda) (Detry y Cardoso, 2010) hacía sospechar que los cazadores-recolectores ibéricos no eran ajenos a ella.

Cabe mencionar otro caso situado más al sur en la costa portuguesa, el sitio de Samouqueira (Alentejo), donde se localizaron los restos



Fig. 7. Documentación de una sepultura mesolítica en Poças de São Bento (Alentejo). Excavaciones de P. Arias y M. Diniz.

parcialmente articulados de dos varones adultos, datados a mediados del VI milenio a.C. (Lubell y Jackes 1985; Jackes et al. 2019).

Más escasa es la documentación para el Mesolítico mediterráneo. El testimonio más antiguo es una sepultura del inicio del período localizada en Cova Fosca (Castellón). (Olària y Gómez, 2006). Una estructura de bloques de piedra definía un espacio hueco, a manera de sarcófago, en cuyo interior se conservaban los restos del esqueleto de una mujer joven en decúbito supino. Sobre la sepultura se había depositado una ofrenda formada por cuernos de cabra montés. Se observaron indicios de un fuego en la zona del pecho.

Sin duda alguna, el contexto funerario más destacado del Mesolítico de la España mediterránea es la necrópolis de El Collado, en Oliva (Valencia) (Aparicio, 2008), el único cementerio de este período conocido en el Mediterráneo occidental, datado entre mediados del VIII milenio a.C. y el tercer cuarto del VII. En un lugar al aire libre, cercano a una marisma costera, se localizaron catorce tumbas individuales en fosas. La estructura de la población sugiere que no había selección de los inhumados por su sexo o edad. Los esqueletos presentaban sistemáticamente las piernas dobladas, y en ocasiones todo el cuerpo estaba en posición flexionada, en ocasiones muy replegados, casi en postura fetal. Junto a los esqueletos se recuperaron abundantes restos de moluscos terrestres y marinos, incluyendo especies usadas como adorno personal, algunos huesos de mamíferos y objetos líticos. Cabe destacar también un lecho de astas de ciervo localizado unos 50 cm por encima del enterramiento 6.

Para el final del Mesolítico destaca el excepcional contexto documentado en el Cingle del Mas Nou, en las montañas del Maestrazgo (Castellón). Se trata de una compleja estructura funeraria consistente en una estrecha zanja oval, en cuyo fondo se localizó el esqueleto de un joven adulto de sexo masculino, sobre cuyas piernas se encontraron parte de los huesos (cráneos y huesos largos) de otras seis personas (al menos tres de ellos individuos infantiles), verosímilmente un enterramiento secundario, tal como proponen los excavadores (Olària, Gusi y Gómez, 2005). Por encima de la sepultura se encontraron dos testuces de cabra montés.

DISCUSIÓN

Pese a todas las limitaciones que plantea la dificultad de interpretar los gestos funerarios de sociedades tan remotas, cabe observar en la documentación que hemos resumido en las páginas anteriores algunas tendencias generales. Señalemos, en primer lugar, que los cazadores-recolectores no parecen establecer una separación marcada entre el espacio doméstico y el espacio funerario. La mayor parte de los contextos sepulcrales se localiza en lugares de asentamiento, si bien es cierto que esto no implica que la sepultura y los contextos de hábitat se hayan utilizado de forma simultánea. De hecho, hay algunos casos en los que parece que sucede lo contrario, que se usan espacios contiguos a los habitacionales o se sepulta a los muertos cuando ya el sitio no es ocupado. En cualquier caso, no parece que haya una voluntad de alejar las

tumbas de otras áreas de actividad, si bien hay que tener en cuenta un factor de muestreo, pues no es fácil localizar tumbas no monumentales como las de Paleolítico y el Mesolítico fuera de los lugares de hábitat.

Más evidente es la regularidad en el tipo de sepultura. Predomina abrumadoramente la inhumación individual, probablemente en fosa. Ciertamente, se ha planteado en ocasiones que los cadáveres habrían sido depositados en el suelo. No obstante, en la mayor parte de los casos, el estado de conservación de los esqueletos exige que la putrefacción del cadáver se haya producido en un ambiente cerrado, y frecuentemente colmatado de sedimentos. Hay algunos casos en lo que parece seguro que no ha habido ningún tipo de cubrición de los cadáveres (Tito Bustillo, La Braña-Arintero), pero, por lo general, la ausencia de fosas o túmulos puede atribuirse a la dificultad de detectar esas estructuras en algunos tipos de sedimentos. Casi todos los esqueletos han aparecido tumbados de espaldas o en posición lateral flexionada, en ocasiones en posiciones muy forzadas. Esto, unido a consideraciones de tipo arqueotanatólogo, permite proponer que en algunos casos se debió de emplear algún tipo de mortaja o de ligaduras para sujetar el cadáver, tal como se ha propuesto para Lagar Velho, J3, La Braña-Arintero o Los Canes. Particularmente interesante es la aparición en El Truchiro de indicios de la existencia de una estructura de madera, posiblemente una especie de plataforma de corteza de roble sobre la que se habría depositado el cadáver. En alguna ocasión, el análisis arqueotanatólogo sugiere la descomposición en un espacio cerrado, pero vacío (Cova Fosca, Los Canes II).

Es posible que en algunos casos hubiera señales que permitieran reconocer las sepulturas, o al menos quedara memoria de su localización precisa. Esto sugieren indicios como la inexistencia de superposiciones en algunos lugares con concentraciones de tumbas (cementeros mesolíticos del Sado y el Tajo) o la reutilización de la tumba II de Los Canes.

En lo que se refiere a las ofrendas funerarias, se constata una tendencia a la presencia de objetos cotidianos (en ocasiones no utilizados) y de restos

de fauna. La alta frecuencia de colgantes (en su mayor parte conchas de moluscos perforadas) parece relacionarse con los ornamentos que el difunto portaba, bien directamente sobre el cuerpo, bien fijados a sus vestidos o a un sudario. Raramente se encuentran restos de colorante rojo, uno de los temas recurrentes en la bibliografía sobre el mundo funerario paleolítico y mesolítico. Más frecuente es la presencia de carbones y cenizas, posibles indicios de fuego, aunque su interpretación es más delicada por la frecuencia de este tipo de materiales en los depósitos arqueológicos. Se observa también algunas variaciones diacrónicas a lo largo del período (fig. 8). Estudiando la cuestión a escala del conjunto del sur de Europa, se constata que los conjuntos más ricos y complejos se concentran en los inicios del Mesolítico, a pesar de la baja densidad de contextos funerarios en esta fase. Durante la etapa media del Mesolítico, los sitios sepulcrales son aún menos frecuentes, y las ofrendas tienden a ser más escasas y más simples. Finalmente, durante el Mesolítico final asistimos a un espectacular incremento en el número de sitios y sepulturas, y el porcentaje de tumbas con ofrendas vuelve a niveles cercanos a los del Mesolítico inicial. Así, en el IX milenio a.C. casi la mitad de las tumbas del sur de Europa han proporcionado algún tipo de ofrenda funeraria (48,89 %); en el VIII ese índice desciende al 37,00 % y en el VII al 18,72 %, incrementándose hasta el 53,689 % en el VI milenio. No obstante, las ofrendas de esta última fase tienden a ser muy simples salvo algunos casos aislados, como Téviec A, C, D y K, Hoedic, H, J y K, Los Canes II o Mondeval de Sora (Arias 2016).

Las investigaciones de los últimos años han permitido constatar la presencia en la península ibérica de dos rasgos del ritual funerario del Mesolítico atlántico que parecen asociarse a un elevado grado de complejidad. Nos referimos, por un lado, a las sepulturas caninas, documentadas con seguridad en Poças de São Bento y con gran probabilidad en Cabeço da Arruda, y las ofrendas de cornamentas o testuces de cuadrúpedos, de las que se han descrito ejemplos en Cova Fosca, el Cingle del Mas Nou, El Collado y Los Canes. Es llamativa la concentración de este último rasgo en la zona oriental de la península, y también

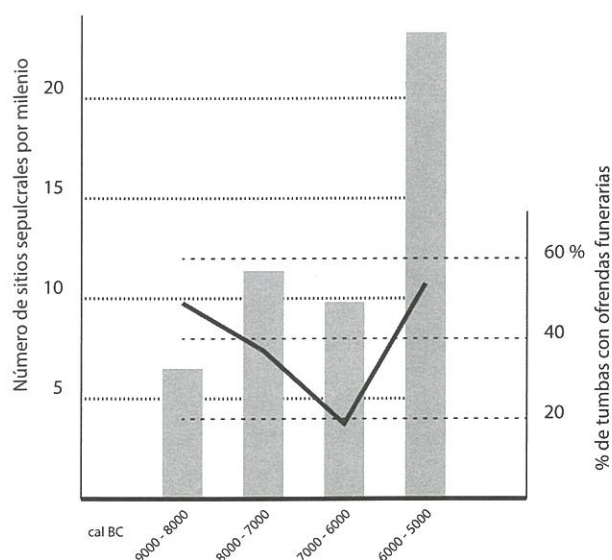


Fig. 8. Evolución diacrónica de las densidades de estructuras funerarias y de los porcentajes de tumbas con ofrenda en el Mesolítico del sur de Europa.

la utilización en la mayor parte de los casos de la cabra montés en lugar del ciervo, la especie habitual en los cementerios bretones y bálticos.

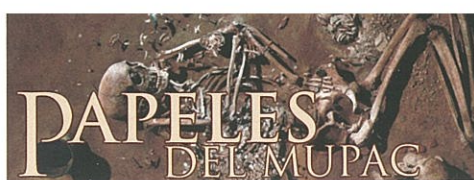
No es posible, con la información de que se dispone actualmente, establecer si existe alguna relación entre la variabilidad en el registro funerario y el sexo de los inhumados, pues en la mayor parte de los casos éste no se ha podido determinar. Por otra parte, esta cuestión debe estudiarse comparando el tratamiento recibido por mujeres y varones en contextos culturales concretos, y la mayor parte de los sitios presentan únicamente un individuo o un número insuficiente para estudiar el asunto con un mínimo rigor. La única excepción la tendríamos en la amplia muestra los cementerios portugueses. No obstante, la información disponible carece del detalle necesario. Los estudios antropológicos realizados en Muge han permitido establecer que la sex ratio se acerca a las proporciones naturales, lo que sugiere que, al menos en lo que se refiere a la localización de las sepulturas, no habría diferencias. No obstante, no es posible por el momento avanzar más, pues, por lo general no se puede establecer las ofrendas funerarias que corresponden a cada individuo.

No hay indicios tampoco de diferencias de tratamiento funerario en función de la edad. Durante todo el período analizado se constata la existencia de sepulturas de individuos infantiles, y

en el tramo temporal en que existe una muestra estadísticamente significativa (VII-VI milenio a.C.) nos encontramos con niños de menos de cinco años, e incluso neonatos, lo que sugiere que tampoco habría diferencias en función de circunstancias tales como haber alcanzado la edad del destete. No obstante, se han constatado algunas diferencias, como la separación espacial entre las tumbas de adultos y de niños en Moita do Sebastião, donde, significativamente, estas últimas se localizaban en el ámbito domestico. También se ha observado en este conchero una diferencia en la forma de las sepulturas infantiles, pero esto podría estar relacionado con su tamaño.

Es muy significativo el contraste entre el Paleolítico y el Mesolítico en la densidad de sepulturas y de sitios funerarios. Esto no es exclusivo de la península ibérica, pues en el conjunto de Europa son muy inferiores las densidades registradas en el Paleolítico. No obstante, en nuestra península, el contraste es muy acusado, pues la densidad del Paleolítico superior ibérico es más baja que la del europeo, mientras que los valores del Mesolítico peninsular son muy superiores a los continentales (en torno al triple en el número de sitios y casi el quíntuple en número de sepulturas). Por otro lado, no se trata únicamente de una cuestión de variaciones de valores relativos. Lo verdaderamente llamativo es el bajísimo número de sitios paleolíticos con sepulturas primarias, algo que forzosamente es significativo, habida cuenta de la enorme muestra de yacimientos de este período documentados en la península ibérica. Cabe pensar que para las poblaciones del Paleolítico superior de la Península (como probablemente para las de toda Europa), la inhumación (o al menos la inhumación en cuevas y abrigos) no era la norma, sino una rara excepción. A ello se une el hecho, destacado más arriba, de la aparición de huesos humanos desarticulados (y en ocasiones con indicios de manipulación) en diversos sitios. A pesar de que su número sigue siendo bajo si lo ponemos en relación con el gran volumen de depósitos excavado, probablemente afloran aquí fenómenos de compleja documentación, como la manipulación de los restos humanos, la conservación de partes anatómicas o el enterramiento secundario, del que tenemos algunos indicios, tanto en el Paleolítico (Cova Beneito, El Mirón) como en el Mesolítico (Cabeço

Los últimos cazadores ante la muerte. El comportamiento funerario durante el Mesolítico



Pablo Arias Cabal | nº 02/2021 [pág 25-38]

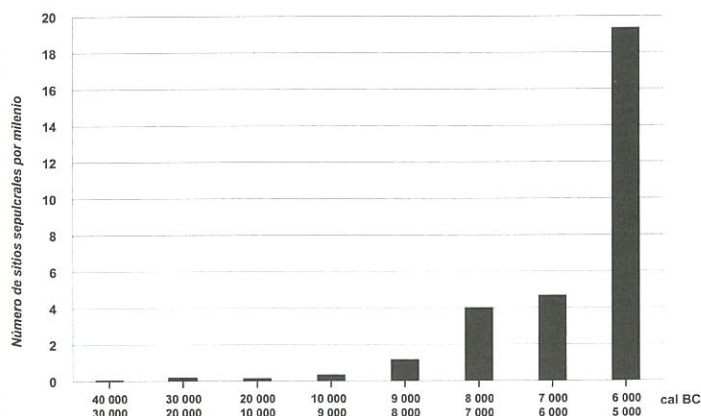


Fig. 9. Evolución diacrónica de la densidad temporal de sitios funerarios en la península ibérica durante el Paleolítico superior y el Mesolítico.

da Arruda, Cingle del Mas Nou). Estas prácticas parecen haber estado bastante generalizadas en el Paleolítico (sobre todo en el Magdaleniense) y también en los tiempos postglaciares, como nos muestran los ejemplos portugueses y valencianos mencionados, y posiblemente también la llamativa concentración de restos humanos desarticulados del Asturiense.

Llama la atención la evolución diacrónica en la densidad de sitios funerarios en la península ibérica (fig. 9). Al igual que sucede en el resto de Europa, la inhumación primaria parece iniciarse en torno a 30000 a.C. A partir de ahí, la densidad del número de tumbas y de sitios funerarios muestra una tendencia ascendente, sin el descenso observado en otras zonas del sur de Europa en el VII milenio a.C.. Se constata también un marcado incremento en el VI milenio, que concentra el 58,6 % de los sitios y al menos el 94 % de las sepulturas. No parece que las peculiaridades de esta evolución se puedan explicar por ficciones estadísticas o por sesgos en la investigación (de hecho, en Iberia, la documentación del Paleolítico es mucho más completa que la del Mesolítico). Entre las causas que podrían explicar la tendencia al crecimiento podría estar el crecimiento demográfico. No obstante, éste no puede dar cuenta de los bruscos saltos que se producen en el paso del IX al VIII

milenio, y sobre todo del VII al VI, ni siquiera si añadiéramos al crecimiento vegetativo hipotéticos movimientos de población. Parece claro, por lo tanto, que nos hallamos ante un cambio en el comportamiento funerario de las poblaciones peninsulares, presente, además, en tres de las principales áreas de concentración del poblamiento, el centro-sur de Portugal, el Cantábrico y la España mediterránea. El incremento en la densidad de estructuras funerarias en las fases finales del Mesolítico es una tendencia general en toda Europa, de la cual la manifestación más notable son los cementerios de la fachada atlántica, como los escandinavos de Vedbæk, Skateholm, Nederst y Tågerup o los bretones de Téviec y Hoedic, además de los concheros portugueses comentados en cierto detalle más arriba. Posiblemente este hecho, para el que también se pueden señalar paralelismos en otros continentes, como el Arcaico americano, esté relacionado de forma indirecta con el comportamiento crecientemente territorial que parece caracterizar a estas sociedades (Arias, 1999) Cantabrian Spain, Atlantic France, the shores of the North Sea, and southern Scandinavia.

REFLEXIÓN FINAL

Como hemos mostrado a lo largo de este capítulo, la documentación funeraria para el Paleolítico superior y el Mesolítico de la península ibérica es más relevante de lo que se suele suponer. Para el primero de esos períodos se conoce una importante sepultura gravetiense, además de las estructuras, pendientes de confirmación, de Morín, mientras que la muestra del Mesolítico ibérico, con treinta sitios y en torno a 450 inhumaciones, es una de las más importantes para cazadores-recolectores de todo el mundo. Cabe destacar también los profundos cambios documentados en el Mesolítico final, en particular en torno a 6000 a.C. Los últimos cazadores-recolectores de la Península concentraron sus sepulturas en las inmediaciones de los asentamientos –a veces dentro de ellos– e incluso llegaron a crear auténticos cementerios, como los de los estuarios del Tajo y el Sado o el de El Collado. A estos últimos cazadores se asocian también prácticas destacables, como la aplicación a los niños pequeños del ritual funerario habitual, o la manipulación *post mortem* de los restos humanos, si bien es probable que la introducción de esta última se remonte al menos al Magdaleniense.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aparicio, J. (2008) *La necrópolis mesolítica de El Collado (Oliva-Valencia)*, Serie Arqueológica, Varia VIII. Valencia: Diputación Provincial de Valencia.
- Arias, P. (1999) 'The origins of the Neolithic along the Atlantic coast of continental Europe: A survey', *Journal of World Prehistory*, 13(4).
- Arias, P. (2014) 'La muerte entre los cazadores-recolectores. El comportamiento funerario en la Península Ibérica durante el Paleolítico Superior y el Mesolítico', en Guerra, E. y Fernández Manzano, J. (eds) *La muerte en la Prehistoria ibérica: Casos de estudio*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 49-75.
- Arias, P. et al. (2015) 'At the edge of the marshes: New approaches to the Sado valley Mesolithic (southern Portugal)', en Bicho, N. F. et al. (eds) *Muge 150th: The 150th Anniversary of the Discovery of Mesolithic Shellmiddens — Volume 1*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing, pp. 301-319.
- Arias, P. (2016) 'Grave goods in the Mesolithic of Southern Europe: an overview', en Grünberg, J. M. et al. (eds) *Mesolithic Burials – Rites, symbols and social organisation of early postglacial communities = Mesolithische Bestattungen – Riten, Symbole und soziale Organisation früher postglazialer Gemeinschaften*. Halle: Landesamt für Denkmalpflege und Archäologie Sachsen-Anhalt (Tagungen des Landesmuseums für Vorgeschichte Halle, Band 13), pp. 693-704.
- Arias, P. y Álvarez Fernández, E. (2004) 'Iberian foragers and funerary ritual – A review of Paleolithic and Mesolithic evidence on the Peninsula', en González Morales, M. R. y Clark, G. A. (eds) *The Mesolithic of the Atlantic Façade: Proceedings of the Santander Symposium*. Tempe: Arizona State University (Anthropological Research Papers 55), pp. 225-248.
- Barandiarán, I. y Cava, A. (2001) *Cazadores-recolectores en el Pirineo navarro. El sitio de Aizpea entre 8.000 y 6.000 años antes de ahora*. Vitoria: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Bueno, P., Balbín R. de, Alcolea, J.J., Vázquez, A., Pascua, J.F. y Alcaraz, M. (2018) 'Topografías de la muerte en el Mesolítico cantábrico: Tito Bustillo y el macizo de Ardines, Asturias, España', *ARPI. Arqueología y Prehistoria del Interior peninsular*, 07, pp 134-151.
- Carballo, J. (1926) *El esqueleto humano más antiguo de España*. Santander: author's edition.
- Cartailhac, É. (1886) *Les Ages Préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*. Paris: Reinwald.
- Chapman, R., Kinnes, I. y Randsborg, K. (1981) *The Archaeology of Death*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Detry, C. y Cardoso, J. L. (2010) 'On some remains of dog (*Canis familiaris*) from the Mesolithic shell-middens of Muge, Portugal', *Journal of Archaeological Science*, 37, pp. 2762-2774.
- Djindjian, F., Kozłowski, J. y Otte, M. (1999) *Le Paléolithique supérieur en Europe*. Paris: Armand Colin.
- Drak, L., Garralda, M. D. y Arias, P. (2010) 'Arqueotatología de las sepulturas mesolíticas de la cueva de Los Canes (Asturias)', en Gutiérrez-Redomero, E., Sánchez Andrés, Á., y Galera, V. (eds) *Diversidad Humana y Antropología Aplicada*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, pp. 455-465.
- Fernández-Tresguerres, J. A. (1980) *El Aziliense en las provincias de Asturias y Santander*, Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografías, 2. Santander: Ministerio de Cultura.
- Fleming, A. (1973) 'Tombs for the living', *Man*, 8, pp. 177-193.
- González Echegaray, J. y Freeman, L. G. (1973) *Cueva Morín. Excavaciones 1969*. Santander: Publicaciones del Patronato de la Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander.
- González Morales, M. R. (1997) 'Changes in the use of caves in Cantabrian Spain during the Stone Age', in Bonsall, C. y Tolan-Smith, C. (eds) *The Human Use of Caves*. Oxford: BAR (International Series, 667), pp. 63-69.
- Grünberg, J. M. (2000) *Mesolithische Bestattungen in Europa: Ein Beitrag zur vergleichenden Gräberkunde, Internationale Archäologie 40*. Rahden/Westfalen: Leidolf.
- Iriarte, M. J., Arrizabalaga, Á., Etxeberria, F y Herrasti, L. (2005) 'La inhumación humana en conchero de J3 (Hondarribia, Guipúzcoa)', en Arias, P., Ontañón, R., y García-Moncó, C. (eds) *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica. Santander, 5 a 8 de octubre de 2003*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, pp. 607-613.
- Jackes, Mary; Lubell, David; Meiklejohn, Christopher; Schulting, Rick J.; Arias, P. (2019) 'New analyses and dating of partial skeletons from Samouqueira I, Portugal', *Mesolithic Miscellany*, 27(1), pp. 3-26.
- Larsson, L. (1990) 'Dogs in fraction – Symbols in action', en Vermeersch, P. M. y Peer, P. van (eds) *Contributions to the Mesolithic in Europe. Papers presented at the Fourth International Symposium 'The Mesolithic in Europe'*. Leuven 1990. Leuven: Leuven University Press, pp. 153-160.
- Lubell, D. y Jackes, M. (1985) 'Mesolithic-Neolithic continuity: evidence from chronology and human biology', en *I Reunião do Quaternário Ibérico. Actas*. Lisboa: Grupo de Trabalho Português para o Estudo do Quaternário., pp. 113-133.
- Madariaga, B. (1973) 'Nota preliminar acerca de los posibles fenómenos de conservación del hombre de Morín', en González Echegaray, J. y Freeman, L. G. (eds) *Cueva Morín. Excavaciones 1969*. Santander: Publicaciones del Patronato de la Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, pp. 257-265.
- Olària, C. y Gómez, J. L. (2006) 'Hallazgos antropológicos del 12.000 al 7.000 en Ares del Maestre, Castellón', en *Actas Jornadas de Antropología Física y Forense. Alicante 29-30 junio 2006*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, pp. 47-56.
- Olària, C., Gusi, F. y Gómez, J. L. (2005) 'Un enterramiento Meso-Neolítico en el Cingle del Mas Nou (Ares del Maestre, Castellón) del 7000 BP en territorio de arte levantino', en Arias, P., Ontañón, R., y García-Moncó, C. (eds) *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica. Santander, 5 a 8 de octubre de 2003*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, pp. 615-621.

Pariat, J.-G. (2007) *Des morts sans tombe ? Le cas des ossements humains en contexte non sépulcral en Europe tempérée entre les 6e et 3e millénaires av. J.-C.*, BAR International Series 1683. Oxford: Archaeopress.

Pettitt, P. B. (2011) *The Palaeolithic Origins of Human Burial*. London: Routledge.

Roche, J. (1960) *Le gisement mésolithique de Moita do Sebastião. Muge. Portugal*. Lisboa: Instituto de Alta Cultura.

Roche, J. (1972) 'Les amas coquilliers (concheiros) mésolithiques de Muge (Portugal)', en *Die Anfänge des Neolithikums vom Orient bis Nordeuropa. Teil VII. Westliches Mittelmeergebiet und Britische Inseln*. Köln: Böhlau (Fundamenta A, 3), pp. 72-107.

Roche, J. (1989) 'Spatial organization in the Mesolithic sites of Muge, Portugal', en Bonsall, C. (ed.) *The Mesolithic in Europe: Papers Presented at the Third International Symposium, Edinburgh 1985*. Edinburgh: John Donald, pp. 607-613.

Straus, L. G. (1990) 'The Early Upper Palaeolithic of Southwest Europe: Cro-Magnon adaptations in the Iberian peripheries, 40 000 - 20 000 BP', en *The emergence of modern humans: An Archaeological perspective*. Edinburgh: Edinburgh University Press, pp. 276-302.

Vidal, J. M. y Prada, M. E. (2010) *Los hombres mesolíticos de la cueva de La Braña-Arintero (Valdelugeros, León)*, Estudios y Catálogos, 18. Valladolid: Junta de Castilla y León (Estudios y Catálogos de los Museos de Castilla y León, 18).

Zilhão, J. y Trinkaus, E. (2002) *Portrait of the Artist as a Child. The Gravettian Human Skeleton from the Abrigo do Lagar Velho and its Archeological Context*. Lisboa: Instituto Português de Arqueologia.